

MURCIA Y MAZALQUIVIR

POR

RODOLFO BOSQUE CARCELLER

Los reinos cristianos que se formaron en el norte de la Península al iniciarse la Reconquista, conforme avanzaban en su progresión al sur, ampliaron su horizonte político a la conquista del norte de Africa como futuro campo de expansión de sus armas y como baluarte defensivo del territorio peninsular. Por ello, si los dos grandes reinos ibéricos, Castilla y Aragón, pactaron en diversas ocasiones sobre la delimitación de sus respectivas zonas de reconquista, no faltaron los tratados en que la delimitación se concretaba sobre el ámbito africano. Así, el Tratado de Soria de 1291, entre Sancho IV y Jaime II, determinaba que la conquista de Berbería, desde el río Muluya hacia Ceuta, sería obra de Castilla y, desde el Muluya hacia Bugía y Túnez, de Aragón. Terminada la Reconquista llegó el momento oportuno de realizar esta política de expansión y dominio en la costa septentrional del inmediato continente para asegurar la integridad peninsular y para llevar allí la fe y la civilización cristianas.

Esta dirección de la política española, espontáneamente sentida por el pueblo, que por propia iniciativa realizaba frecuentes incursiones en las tierras africanas del litoral, fué especialmente recomendada por la Reina Católica en su testamento. Con anterioridad había preocupado a los gobernantes españoles el problema africano por la intensificación experimentada por la piratería berberisca como consecuencia de la emigración de los moros españoles a Berbería después de la toma de Granada y de ser vencida la sublevación de las Alpujarras. Esta piratería, cuyos principales focos residían en Tetuán, Melilla, Mazalquivir, Orán, Argel, Bugía,



y Túnez, estaba incitada por el afán de desquite de los emigrados y favorecida por el consiguiente conocimiento de las tierras en que habían vivido y que ahora eran los escenarios de sus correrías.

La única y verdadera solución para evitar estas incursiones era la ocupación y dominio de las plazas del litoral berberisco; para ello, los reinos españoles no solamente tenían recursos suficientes, sino también conocimiento de sus condiciones topográficas. Sin embargo, el descubrimiento de América y las campañas de Italia absorbieron los recursos de Castilla y Aragón e impidieron la realización de una política africana que, efectuada con la misma preparación e intensidad que la campaña de Granada, hubiera fructificado en positiva y práctica conquista. Por esto, con anterioridad a la desaparición de la soberana castellana, los únicos resultados de importancia fueron la ocupación de la fuerte plaza de Melilla, realizada en el año 1497, y la de la isla de los Gelves, que efectuada en el mismo año sólo se prolongó hasta 1500.

Después del fallecimiento de Doña Isabel, el Cardenal Cisneros, testamentario de la soberana, cumpliendo los deseos de la Reina e impulsado por su propia convicción, sintió la preocupación africana y la de la evangelización de aquellas tierras. Asesorado por el veneciano Jerónimo Vianello de la situación, defensas y población de la plaza de Mazalquivir, pensó iniciar la empresa con la conquista de dicha ciudad. Lo factible del proyecto le decidió a escribir a Don Fernando, a la sazón en Italia, informándole de los estudios realizados y proponiéndole su puesta en práctica. Aunque el monarca aragonés, pendiente en aquellos momentos de los problemas italianos, alegó en contra razones económicas, la perseverancia y decisión de Cisneros solventaron las dificultades ofreciendo anticipar los recursos necesarios y mantener durante dos meses las fuerzas que se empleasen en la ocupación de Mazalquivir.

Decidida y autorizada por Don Fernando la empresa, se dictaron rápidamente las órdenes para la concentración de barcos y tropas, enviándose cartas de llamada a todas las ciudades que habían de cooperar materialmente en la expedición. Ya el 12 de julio de 1505, el contino real Alfonso de Godoy presentaba en el Concejo de Murcia la carta del monarca, en la cual, después de lamentarse de los daños que los moros causaban en las costas meridionales de la Península con sus frecuentes entradas, exponía sus propósitos de destruir y asolar con una gruesa armada todas aquellas partes de Africa que servían de guarida a los corsarios berberiscos (1). Explicaba Don Fernando que para el buen éxito necesitaba

(1) No se especificaba el objetivo concreto de la expedición para evitar los preparativos de defensa que por parte de los moros se pudieran hacer en la zona afectada por el futuro ataque.



el concurso y la ayuda de las ciudades de Andalucía y Murcia, por lo que había ordenado un reparto de tropas y navíos por el que correspondían a las ciudades de Murcia, Lorca y Cartagena «dosyientos peones, hombres de guerra escogidos, que sean espingarderos e valesteros e lançeros; todos armados, cada uno con sus coraçes e caxquete e espada e punnal, y los espingarderos, demás desto, con buen recabdo de polvora e pelotas, e los ballesteros cada uno con veynte e quatro tiros, y que, demás desto, lleven muy buen proueymiento de poluora, e a más sean todos de gente muy útil e prouechosa, lo más bien dispuesta e abile que en esas çibdades e sus tierras se pueda aver... y asymismo quatro fustas de las de la dicha çibdad de Cartajena, con la gente que las suele navegar; la qual dicha gente se tome en esas çibdades o en las partes más cercanas dellas, syn fazer della repartimiento de pueblos porque la dicha gente sea escogida e tal qual para semejante fecho se requiere» (2).

Ordenaba también Don Fernando que las tropas y navíos, provistos y pagados por dos meses, saliesen de Cartagena con tiempo suficiente para llegar a Málaga, lugar señalado para la concentración de fuerzas, el 10 de agosto. La previsión del monarca llegaba a disponer que los 200 peones debían ir encuadrillados de 50 en 50, con cuadrilleros notorios, a ser posible de los que hubiesen servido en las guerras de Italia; todos ellos a cargo de los regidores murcianos Martín Riquelme y Pedro Bernal. Hasta Málaga debía acompañarlos el corregidor Garci Tello, o su lugar-teniente, para hacer alarde y entrega de la fuerza ante el Capitán General Don Diego Hernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles. El monarca tomaba todas las medidas que le sugería su experiencia militar para asegurar el exacto cumplimiento de sus órdenes y la más eficaz puesta en práctica del ataque a la costa vecina.

En Murcia, la noticia de la próxima acción de guerra se recibió con gran entusiasmo. Las incursiones berberiscas asolaban el litoral murciano con demasiada frecuencia, singularmente en la Albufera del Mar Menor, cuyas pesquerías eran perturbadas por las razzias corsarias, y en el campo de Cartagena, cuyos cultivadores estaban constantemente bajo la amenaza de caer cautivos de algún grupo pirata. Aunque el monarca no daba detalles sobre la amplitud de sus planes sobre Africa, la experiencia murciana de las guerras de Granada y de Italia veía en la llamada real el comienzo de una campaña que pondría fin a la piratería o, al menos, disminuiría su frecuente repetición. Por ello, al recibirse la carta de manos de Alfonso de Godoy, el Concejo se apresuró a tomar las medidas para su más rápido cumplimiento, ya que la realización de esta empresa

(2) Archivo Municipal de Murcia. Cartulario Real 1494-1505, folios 271 v. - 272 r. En *Segovia*, 30-VI-1505.



respondía a un deseo latente mucho tiempo en el ánimo de los murcianos.

La carta de Don Fernando contenía dos peticiones: una, la aportación de 200 hombres; otra, el pago de los sueldos de los peones y el del flete de las fustas. Siempre encontró el Concejo murciano mayores facilidades para cumplimentar las peticiones de hombres que para satisfacer las demandas pecuniarias. El factor humano para las empresas guerreras no era difícil de hallar en tierras habituadas a las actividades bélicas; las dificultades surgían en el aspecto financiero por la penuria económica que persistentemente sufría el Ayuntamiento como consecuencia de la escasez de recursos propios y de la débil hacienda de una población casi exclusivamente agrícola.

El acuerdo entre las tres ciudades para el reparto de los 200 peones no ofreció mucho trabajo, decidiendo el Corregidor que se realizase en proporción al número de vecinos, correspondiendo 110 peones a Murcia, 72 a Lorca y 18 a Cartagena. Mayores dificultades ofreció para la Ciudad el pago de la cantidad que le correspondía del sueldo de los peones y del flete de los navíos que habían de salir de Cartagena. Después de diversas opiniones sobre el mejor procedimiento de recaudación, se decidió repartir el importe por derrama entre todos los vecinos a razón de cinco maravedís por millar de hacienda, y que, para ganar tiempo, los mercaderes adelantaran prestada la cantidad que se necesitaba (3). Solventada la cuestión económica, la expedición se organizó fácilmente y el 10 de agosto la tropa murciana se reunía en Málaga con el grueso de las fuerzas concentradas bajo la Capitanía del Alcaide de los Donceles.

Jerónimo de Zurita nos cuenta con abundantes detalles la marcha de la armada desde Málaga hasta Mazalquivir. Según su relato, Don Ramón de Cardona llevaba la dirección marinera, y en las galeras, carabelas y navíos iban hasta 5.000 hombres bajo las órdenes de Don Diego Hernández de Córdoba. Aunque éste embarcó el 29 de agosto, no pudieron hacerse a la vela hasta el 3 de septiembre. Un cambio en la dirección del viento obligó a fondear en Almería, en donde ya se dió a conocer públicamente que el objetivo de la expedición era la ciudad de Mazalquivir, antemural de Orán. Por fin, a medianoche del 9 de septiembre pudieron salir de Almería y, sin hacer escala, llegaron en la madrugada del 11 al cabo Falcón, a una legua de Mazalquivir, donde se concentraron en espera del momento de iniciar el ataque. Ya el sol en lo alto, la flota entró en el puerto bajo el fuego de la artillería enemiga, comenzando el desembar-

(3) La suma total ascendía a 218.678 maravedís: 20.678 del flete de los navíos y 198.000 de los sueldos de los 110 peones, a razón de 30 maravedís diarios durante dos meses. Se calcularon los bienes de los vecinos en 46 cuentos de maravedís.



co a pesar de la fuerte oposición de los moros. Todo el día se pasó en continuos combates, ocupando los cristianos los cerros próximos a la fortaleza de Mazalquivir. Al día siguiente, establecido el cerco por mar y tierra, el Alcaide dictó las disposiciones convenientes para evitar que fuesen socorridos por las tropas de Orán. Los combates se desarrollaron tan favorablemente para los cristianos, que los moros, desanimados por la muerte de su alcaide, se dieron a partido y el sábado 13 entregaron la plaza a Hernández de Córdoba.

Conquistada Mazalquivir, el inmediato objetivo de sus nuevos dueños fué consolidar su posesión para tener así una base firme, que, junto con la de Melilla, ocupada ocho años antes, permitiera una posterior expansión por el territorio africano. Preocupación fundamental de Hernández de Córdoba fué abastecer la plaza, pues, aunque encontró en ella abundancia de trigo, cebada, aceite y miel, faltaban elementos básicos de subsistencia, como carne, agua y leña. Dado el aislamiento en que se encontraban los ocupantes de aquella cabeza de puente, fué necesario que parte de la armada regresara a Málaga; al mismo tiempo se escribió a diversas poblaciones de la costa española para que enviasen provisiones, que se abonarían a su llegada a Mazalquivir a los precios señalados por los regidores y jurados de los respectivos lugares.

En Murcia las primeras noticias de la victoria obtenida en tierras africanas llegaron el 23 de septiembre: fué un peón, que trajo una carta de un vecino de Almería, el que pidió las albricias. La Ciudad no quiso otorgarle crédito oficial, por no ser fuente muy autorizada, y esperó la confirmación, que no tardó en llegar. Al día siguiente dos mensajeros traían una carta del Alcaide de los Donceles comunicando la victoria y pidiendo el envío de «todas las más vacas e carneros e puercos e çecinas e agua e lenna e otros mantenimientos» (4).

La certeza del triunfo, en el que habían cooperado tropas murcianas, causó en Murcia honda satisfacción. La ocupación militar de Mazalquivir suprimía uno de los focos piratas que más daño hacía en el litoral murciano; además, la existencia de una armada en su puerto sería un freno poderoso, no sólo para la actividad corsaria de Orán, sino también para la de las otras bases berberiscas. El mayordomo Alfonso Rodríguez Fajardo, por orden del Concejo, pagó 940 maravedís de albricias; un peón, gratificado con cuatro reales, salió con la carta para Alicante, y el pregonero del Ayuntamiento, con acompañamiento de trompetas, publicó el acontecimiento, avisando que los que quisiesen podrían llevar provisiones para Mazalquivir. A la mañana siguiente, el Ayuntamiento y el

(4) Archivo Municipal Murcia. Caja 3711, n.º 58. En el real de Mazalquivir, 16-IX-1505.



Cabildo Catedral, acompañados de todos los vecinos, recorrieron la ciudad en acción de gracias. La procesión, desde la Iglesia Mayor, por la Frenería, llegó hasta la Arrixaca, y, desde allí, regresó al punto de partida por la Puerta del Azoque, la calle de San Nicolás y las plazas de Santa Catalina y San Bartolomé.

Durante el resto del año 1505 fué constante el cuidado de Don Fernando en avituallar la nueva plaza española, no sólo para suministro de la guarnición, sino también con vistas a futuras empresas. En Murcia fueron frecuentes los emisarios reales: a fines de octubre eran los continos Fernando de Alcaraz y Diego de Porras los que traían el encargo de comprar 30.000 fanegas de cebada y 20.000 de trigo (5); a principios de noviembre era el capitán de las galeras reales fondeadas en Cartagena el que enviaba un alguacil para adquirir carne y 150 cahices de trigo. Muestra evidente de que no se abandonaban los propósitos guerreros era la toma de la ciudad de Cazaza, al occidente de la península de Tres Forcas, realizada en abril de 1506 por Gonzalo Mariño de Ribera, alcaide de Melilla. Sin embargo, Don Fernando no pudo continuar dedicando su atención a Africa al abandonar en junio de 1506 el gobierno de Castilla a la llegada de su yerno Felipe el Hermoso y pasar a Italia a disponer la buena gobernación de aquellas tierras.

La muerte de Don Felipe y la segunda regencia de Don Fernando señalan una nueva actividad africana. Ya en junio de 1507, víspera del regreso de Italia del monarca español, el Alcaide de los Donceles, afianzado en el dominio de Mazalquivir, de acuerdo con los deseos de Don Fernando y animado por el éxito obtenido el año anterior en Cazaza por el alcaide de Melilla, reunió un grueso ejército para realizar una entrada en tierra enemiga, que, al mismo tiempo de redundar en gloria y provecho cristianos, aumentara el temor y respeto de los moros.

Hernández de Córdoba, firme en sus propósitos, salió de Mazalquivir una noche del mes de junio, con más de 3.000 hombres, en una empresa que, iniciada bajo el signo del éxito, iba a terminar desastrosamente para los cristianos. Más de cuatro leguas en dirección a Tremecén penetraron en territorio enemigo; la abundancia de botín, más de 4.000 cabezas de ganado y más de 1.500 cautivos, retrasó el regreso y obligó a pernoctar en el campo. Este retraso permitió al Rey de Tremecén concentrar un grueso ejército que al día siguiente, antes que los cristianos pudieran alcanzar su base de partida, los cercaba en las proximidades de la huerta de Orán. La imposibilidad de resistir con probabilidad de triunfo a tan poderosos

(5) La mala cosecha de cereales motivó la oposición del Concejo a que se adquiriesen en los lugares del Reino, siendo necesario que el monarca, a primeros de diciembre, reiterase su orden.



adversarios decidió un ataque desesperado del Alcaide a las líneas enemigas, consiguiendo romper el cerco y llegar a Mazalquivir con unos 500 hombres, cayendo los restantes muertos o en poder del enemigo: era el triste resultado de una ambición excesiva de botín que hizo descuidar las medidas de previsión. Una expedición que, al ser coronada por el éxito, hubiera quebrantado la moral enemiga, producía efectos contrarios y ponía en peligro la permanencia española en la tierras de Mazalquivir.

De regreso a la fortaleza, el Alcaide adoptó con premura medidas para proteger la plaza, temiendo que los musulmanes, alentados por la derrota infligida a los cristianos, intentaran recobrar la ciudad. La primera fué reforzar la guarnición, tanto para rechazar los ataques como para defenderse de un cerco que parecía inminente. Las cartas de llamada partieron el mismo día. El 17 de junio llegaba a Murcia el capitán Atrahe, que había arribado aquella mañana a Cartagena, entregando al Adelantado Don Pedro Fajardo un mensaje del Alcaide relatando escuetamente «comme los moros de allende le desbarataron... y porquel desbarato fué grande y él carecía de jente y esperaua que a la ora sería cercado... que le pedía por merçed quisiese socorrerle luego con dosyentos hombres de pie, los çiento para la mar y los çinquenta para el canpo y los çinquenta para guardar y defender el lugar» (6).

Don Pedro Fajardo no demoró su actuación: aquella misma tarde los regidores y jurados, avisados por el portero Pedro López, se reunían en sesión extraordinaria en casa del Adelantado. La lectura de la carta causó profunda impresión por el quebranto sufrido por las tropas cristianas y por el peligro en que se encontraba la plaza africana. El acuerdo entre los reunidos fué rápido: los 200 peones debían enviarse «lo más presto que ser pudiese». Para ello aquella tarde se pregonaba en la plaza de Santa Catalina el alistamiento en socorro de Mazalquivir. Simultáneamente salía para Lorca el jurado Pedro de Aroca a dar cuenta de la llamada y de las condiciones del reclutamiento (7).

El cupo pedido se cubrió con prontitud: 133 peones murcianos y 67 lorquinos se concentraron en Murcia. La Ciudad les entregó una bandera verde y pardilla con las divisas reales, y el día 21, bajo la capitania de Martín Fernández de la Peraleja, salieron con dirección a Cartagena, donde embarcaron rumbo a Mazalquivir. El presto socorro murciano «lo recibió muy bien» Hernández de Córdoba y acrecentó la moral de la guarnición: era la prueba de que el pueblo español sentía sus peligros

(6) Archivo Municipal Murcia. Acta Capitular 17-VI-1507.

(7) Los hombres de guerra debían ir armados con lanzas o ballestas o espingardas, y con corazas, casquetes y puñales; los hombres para pelear o trabajar, según las necesidades, debían llevar lanzas o ballestas, espadas y puñales. El Alcaide les pagaría 34 maravedís diarios de soldada, y, en Murcia, el Concejo les adelantaría dos ducados a cada uno.



como propios y estaba dispuesto a acudir en su auxilio en todos los casos perentorios. El 12 de julio recibió el Concejo otra misiva del Alcaide agradeciendo con efusivas palabras la ayuda porque los peones «fueron a buen tiempo e le fizieron grand fauor»; al mismo tiempo solicitaba, porque escaseaban en Mazalquivir, le enviasen 50 ballesteros, en cambio de los cuales, a su llegada, regresarían 50 peones. El jurado Alfonso de Auñón fué el encargado de acompañar a Cartagena a los 50 ballesteros que como nuevo refuerzo se envió a Africa.

Salvada la crisis, la situación se normalizó en el baluarte español y en agosto regresaba a Murcia el capitán Fernández de la Peraleja, dando cuenta de la situación de la plaza y trayendo consigo los libramientos otorgados por Don Diego para reintegrar al Concejo de las cantidades anticipadas por éste en el pago de los refuerzos enviados en su socorro (8). Mazalquivir permanecía en manos españolas y Murcia ayudó a su conquista y conservación; dos años más tarde, en 1509, sus nombres volverían a unirse en otra empresa africana: la conquista de Orán. Desde Murcia, por el puerto de Cartagena, saldría la expedición que llegaría a Mazalquivir para conquistar la ciudad de Orán, máxima empresa militar del Cardenal Cisneros.

(8) Los libramientos importaban 263.742 maravedís: uno, de 154.136, importe de los sueldos de 22 días de los 200 peones, y otro, de 109.606, importe de los sueldos de los 50 ballesteros y del costo del 50 vacas en cecina que se enviaron desde Murcia.

